

ma no oculta el frenesí; más bien lo revela. Entre blancas estatuas y setos de un parque bien cuidado, habitan sátiros. Y a ellos es a quien Villena dedica su escritura, celebrando en su libro, como el otro en su vida, un festín en compañía de panteras; el poeta dedica sus mejores trabajos a seres de la noche, y es consciente de que éstos nunca comprenderán el valor de lo que les ofrece. Y si, por un milagro, las panteras aprendiesen a leer, entonces Villena buscaría un lenguaje más críptico, más arcano, un jeroglífico que marcara más aún su radical diferencia, su distanciamiento de aquello a lo que ama.

"El viaje a Bizancio" es un libro mayor de la actual poesía en lengua castellana. No es di-

ficil, pero sí insólito; y esto porque, sin pretenderlo tal vez, enriquece el idioma y el sentido y abre un campo de placeres nuevos a quien sepa leerlo sin prejuicios de modernidad. ■ E. HARO IBARS.

Los años triunfales

Del realismo social con que se identificó a Antonio Ferrer durante la década pasada, le ha quedado acaso lo más valioso: la tendencia a contar casos y cosas concretas, y a narrarlos de una forma y con un estilo al alcance de muchos.

Lo último se logra, no obstante, sin caer en las simplificacio-

nes excesivas que, so pretexto de una literatura "para el pueblo", caían a su vez en un paternalismo craso. Logro nada pequeño, ya que lo que ha hecho el novelista aquí es superar los dos extremos entre los que viene oscilando de unos años acá el género novelesco en muchos casos. Ni aquel simplismo paternalista, ni tampoco la reacción laberíntica, la complicación gratuita que, en nombre de un elitismo que ni siquiera se reconoce como tal un gran número de veces, insistía en cerrar y en encerrar el arte.

El lector participe, aquel que con una terminología menos afortunada ("lector macho") pedía Cortázar, es el que exige también esta novela, sin por otro lado exigirle asimismo un abandono del interés en la lec-

tura como contenido y compromiso con la realidad. Tres elementos en especial favorecen este acierto novelesco: el manejo del tiempo, las posibilidades simbólicas y la confusión entre realidad y fantasía.

La novela abarca desde la guerra civil hasta la agonía y muerte de Franco. Pero lo hace de una forma zigzagueante. El segundo párrafo (página 11) anuncia el final de la guerra; poco después, el protagonista niño se ha convertido en hombre (página 13), y luego "todavía hay guerra" (página 15), nueva referencia a esa contienda civil. El patrón se prolonga a lo largo de la novela, saltándose así de la posguerra a la guerra, de la muerte de Franco a los años triunfales cuando el régimen comienza a solidarizar-

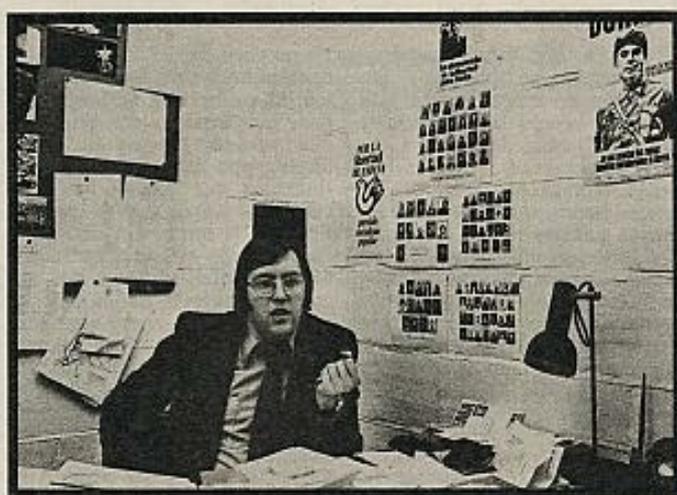
ADIOS A LAS LETRAS

Presentaciones en sociedad

El último libro que, por ahora, se presentó en sociedad en Madrid pone de vuelta y media a todos los políticos vivos y muertos. Paul Preston, historiador británico de poco más de treinta años, ha mirado hacia atrás con ideología, que es como miran los ingleses que no tienen ira, y nos ha descubierto a los españoles un trozo de la Historia que desembocó en la guerra.

Estas presentaciones son saludables. Asisten a ellas los protagonistas del pasado, y actúan como abogados defensores, o fiscales, los que protagonizan la construcción del presente. Felipe González, que pasea una lucidez verbal que nunca se sabe si le sale de las comisuras de los labios o de los intersticios del cerebro; Fernando Claudín, que esconde en sus ojos la picardía de quien lo ha visto todo y lo ha guardado como en un estuche muy pequeño; Juan Marichal, un español trasterrado que pasea entre la nieve de Harvard su sabiduría histórica, y otros seres que han sido actores principales de este universo fragmentado que se llama España, Estado español o afligida patria auroral.

Da un poco de pavor ver el abismo en el que se meten los historiadores de la actualidad reciente. Si José María Gil Robles hubiera escuchado lo que decía sobre él el historiador oxoniano Joaquín Romero Maura, hubiera



Paul Preston.

tocado hielo durante toda la presentación del libro de Preston. Romero Maura recordaba que el partido fundado por el señor Gil Robles antes de la guerra civil era "intransigente y vocingleroso", su fundador era "miope en sus análisis", "causa de un estilo muy peligroso". El nieto de Miguel Maura, que tiene voz de político moderado y conserva en su acento todo lo que la Universidad de Oxford le dio, no estuvo tampoco sobrio en lo que respecta a la actitud de la Iglesia católica anterior a la guerra civil.

La jerarquía eclesial era "ignorante", y fomentaba tal ignorancia insistiendo en la conve-

niencia de mantener los seminarios alejados de la vida cotidiana y de estudio cívico.

Felipe González, el líder del Partido Socialista Obrero Español, tomaba notas de modo frenético cuando Romero Maura le alababa el gusto y decía que no estaba mal irse despojando del marxismo para poner las cosas en su sitio. Felipe, que tiene un gran sentido del desmarque —es el Cruyff de la alternativa—, no sólo recibió el gesto con el calor que desprende su rostro andaluz y bronceado, sino que cogió el quite y se fue aún más allá, abrazando, sin lujuria, el liberalismo histórico. El suyo fue un

vals vienés que ensayó aquí para bailararlo luego en Viena, donde está en el momento de redactar estas líneas.

El sujeto de la presentación era "La destrucción de la democracia en España", el libro en el que Paul Preston hace un análisis de la reacción, reforma y revolución que se produjeron a raíz de la creación de la Segunda República española. A Felipe le dio miedo el título, pero más miedo aún le dio el tratamiento que Preston hace del PSOE. "Me siento dolido, pero asumo esta historia y me siento orgulloso de ella", dijo el dirigente socialista. Miró al tendido y repitió su orgullo como si lo estuviera oyendo Largo Caballero, apoyado en el hombro de Indalecio Prieto.

Quien le escuchaba al lado, en esta presentación en sociedad, era un Paul Preston bien trajeado y bien británico que pedía con los ojos y con los verbos menos respeto para el historiador extranjero. Con la humildad propia de su raza, el profesor Preston descolgó esta frase, ausente de todo contexto militarista: "Yo no soy un historiador anglosajón, sino que quiero ser un soldado raso en el ejército de los historiadores españoles". Se fue tan fresco, aunque antes los responsables de Turner, que fueron los editores, sirvieron una copa. Yo ya no estaba. ■ SILVESTRE CODAC.